

## **Organizaciones Estudiantiles (más Mapa) y Acción Colectiva (Reflexión preliminar)**

**Introducción:** El presente documento constituye una reflexión sintética y general a partir del primer taller de acción colectiva realizado con organizaciones estudiantiles y con Mapa en el año 2009. Aunque presupone una serie de categorías y marcos de análisis propios de las teorías sobre los movimientos sociales y la acción colectiva, no contiene citas, ni referencias bibliográficas a pie de página, para evitar que la reflexión práctica que estamos realizando se vuelva una interminable discusión teórica sobre los presupuestos ideológicos de los diferentes paradigmas de las ciencias sociales utilizados. Desde luego, durante el desarrollo del taller es posible discutir la pertinencia de las categorías analíticas y sus repercusiones políticas, dentro del contexto del trabajo que estamos realizando. Asimismo, en el documento se evita la mención específica a las organizaciones que participaron en el primer taller y a la forma como respondieron las preguntas formuladas, para no centrar la sesión en explicaciones defensivas o aclaratorias que pueden terminar encerrándolo en la especificidad de una u otra organización. Finalmente, es conveniente recordar que el objetivo de este taller es el de cualificar las acciones colectivas del movimiento estudiantil colombiano, gracias al diálogo abierto y franco que venimos desarrollando en TallerES.

**1. La articulación.** Para la mayoría de los participantes en el primer taller resulta claro que hay diferencias entre las organizaciones y el movimiento estudiantil. Es decir, que mientras las primeras son relativamente estables y tienen objetivos comunes y orientaciones políticas claramente definidas, el segundo presupone la articulación contingente (abierta a diversas combinaciones, bastante imprevisibles, pues hacen parte del proceso y el resultado de la misma articulación) de organizaciones, acciones colectivas, personas individualmente consideradas e iniciativas inorgánicas para lograr objetivos que también son definidos en el mismo proceso de articulación. En otras palabras, mientras las organizaciones están dominadas por un *principio de homogeneidad*, a pesar de la posible heterogeneidad de sus miembros, en la medida en que implican la existencia de una agrupación de estudiantes que comparten en mayor o menor medida una misma ideología, una misma forma institucional (sea ésta centralizada o autogestionaria) y una misma orientación política (al menos en sus lineamientos generales); el movimiento está dominado por un *principio de heterogeneidad*, (incluso cuando, por ejemplo, la pertenencia a un mismo campo ideológico permita pensar de manera abstracta en múltiples puntos en común) que produce dispersiones ideológicas,

diversidad de formas institucionales y múltiples orientaciones políticas. Por tal razón, el movimiento estudiantil es mucho más frágil que las organizaciones que lo componen y mucho menos estable.

Adicionalmente, la temporalidad de las organizaciones y los movimientos tienen estructuras diferentes. Las organizaciones tienen una *temporalidad lineal*, definida por la realización continua de sus objetivos institucionales y la búsqueda de la permanencia en el tiempo, mientras que los movimientos tienen una *temporalidad ondular*, de flujos y reflujos, definida por los ciclos de la protesta (articulación, desarticulación y rearticulación) y por la imposibilidad de transformar el *principio de heterogeneidad* que constituye a los movimientos en un *principio de homogeneidad*, sin que estos se conviertan en una suerte de macro-organizaciones. Varios de los participantes en TallerES han pasado por la experiencia de pretender transformar un principio en el otro y han visto cómo la nueva estructura institucional rápidamente adquiere las características de otra organización más dentro del mundo estudiantil.

Las organizaciones tienden en forma recurrente a forzar al movimiento para que se someta a su *principio de homogeneidad*, lo que termina desarticulándolo, pues su núcleo práctico está en la diversidad que lo constituye y en una especie de situación bipolar que puede llevar en poco tiempo a quienes lo animan de la euforia de una gran movilización a la depresión de la inacción total, debido a la dificultad de conquistar en corto tiempo (en el tiempo de las organizaciones) objetivos que sólo se pueden lograr en los tiempos largos de los movimientos, o en la aceleración temporal que adquieren los mismos en coyunturas revolucionarias excepcionales, cuando la articulación de acciones colectivas logra proyectarse a un plano societal (relativo al conjunto de la sociedad) y salir del campo social en el que se ha constituido. Tal es el caso de movimientos indígenas que logran interpretar el anhelo de amplios sectores sociales por la construcción de otro tipo de sociedad, como sucede en Bolivia, o de movimientos estudiantiles, como el de mayo del 68, que llegan a simbolizar las acciones sociales críticas de una época determinada. Sin embargo, no es el simple deseo o la simple voluntad de las organizaciones los que producen estas coyunturas, sino la articulación de múltiples factores históricos que son bien interpretados, racional o intuitivamente, por los miembros de un movimiento. Desde luego, en cada movilización hay activistas que ven en ellas la “coyuntura revolucionaria”, en contra de la proyección real que tiene el movimiento y la articulación de acciones colectivas que lo conforman. Con frecuencia este “afán revolucionario”, que implica una lectura equivocada de los tiempos del movimiento y de las organizaciones, produce reflujos o señala el fin de los ciclos de protesta.

**2. Equivalencia y diferencia.** Debido al *principio de heterogeneidad*, la articulación de los movimientos requiere la construcción de una *lógica de equivalencia* que coexista con la *lógica de la diferencia* connatural a la diversidad de organizaciones, actores individuales e iniciativas inorgánicas que los constituyen. Aunque cada organización tiene la tendencia a presentarse como la más comprensiva y amplia dentro del conjunto de las organizaciones que confluyen en un movimiento, las demás organizaciones y sus propios miembros perciben con facilidad los elementos que la diferencian y que le dan su especificidad. No es la representación de la apertura propia hacia los otros, real o figurada, la que va a eliminar la diferencia. Cada una de las organizaciones que hacen parte de un movimiento, sea este estudiantil o de otro tipo, tiene su propio signo distintivo, producto de su historia como agrupación, de su pertenencia a organizaciones más amplias o de su orientación ideológica y práctica. Precisamente este signo distintivo es el que permite ir construyendo las identidades organizativas a medida que se van desarrollando las labores y se van alcanzando los objetivos pre o redefinidos por sus miembros.

Esta *lógica de la diferencia* puede convertirse en un obstáculo para la articulación de los movimientos sociales en general, y del movimiento estudiantil, en particular, si la diversidad de las otras organizaciones es vista como una desviación de la norma correcta; es decir, si una o varias organizaciones intentan imponerle a las otras la forma adecuada de actuar colectivamente. Tal fenómeno lo podemos denominar la *patologización de la diversidad* y se presenta con mucha frecuencia cuando, por una u otra razón ideológica, se rechaza el pluralismo en nombre una verdad que se considera objetiva y absoluta, o cuando una nueva organización es el resultado de la fragmentación de una organización con más trayectoria. Por consiguiente, el único camino que queda para formar un movimiento en estas circunstancias es el de la dominación simple, en virtud de la cual una o varias organizaciones logran imponerse sobre las otras sometiéndolas o dejándolas sin espacio vital. En estos casos, el conflicto político toma las connotaciones de una confrontación bélica, donde los compromisos y los consensos son vistos con desconfianza o simplemente ignorados, pues implican una concesión excesiva a un adversario que se considera equivocado. O de una forma más sofisticada, el consenso y los compromisos pueden ser comprendidos como parte de una estrategia de dominación que busca debilitar al adversario antes de someterlo. En cualquier caso la *patologización de la diversidad* busca limitar o suprimir el *principio de heterogeneidad* en función de un *principio de homogeneidad* impuesto y dominante, y abre un espacio para tácticas y estrategias de tipo bélico que terminan alejando del movimiento a las organizaciones más pequeñas, que se saben

también más débiles, a la personas individualmente consideradas o a las iniciativas inorgánicas.

La aceptación total o parcial de la *lógica de la diversidad* conlleva la apertura necesaria hacia la *lógica de la equivalencia*, si se pretende contribuir a la formación de un movimiento. La *lógica de la equivalencia* encierra elementos de identificación común en la diferencia y exige la construcción de repertorios compartidos de acción colectiva (formas y matrices prácticas), de objetivos comunes a corto y mediano plazo y de marcos de sentido (conjunto de creencias y significados orientados a la acción que inspiran y legitiman las actividades y campañas de los mismos movimientos sociales) mínimos que permitan tener un universo ideológico de referencia para todos los miembros de un movimiento. En las organizaciones estudiantiles se cree con frecuencia que la separación entre “lo gremial” y “lo político” significa suprimir la *lógica de la diversidad* para favorecer la *lógica de la equivalencia*; no obstante, la equivalencia sólo se puede construir cuando se reconoce la diferencia y no cuando ésta se niega, pues en estas circunstancias la diversidad se manifiesta como un ruido dentro de la equivalencia. En otras palabras, no resulta posible aislar “lo gremial” de “lo político”, ya que la concepción de “lo político” determina la concepción de “lo gremial”, de la misma forma que la *lógica de la equivalencia* sólo tiene sentido si se reconoce la *lógica de la diversidad*. “Lo gremial” puede ser un nodo de equivalencia entre diferentes perspectivas políticas si se construye desde las diferentes concepciones de la política que tienen las organizaciones estudiantiles.

Aunque los elementos de identificación común son indispensables para afirmar la *lógica de la equivalencia*, ésta reposa fundamentalmente sobre los procedimientos concertados para construir dichos elementos colectivamente. La definición de mecanismos incluyentes, participativos y definitorios para adoptar las decisiones que van a ser aceptadas colectivamente es un prerrequisito inevitable si se pretende mantener activo el *principio de heterogeneidad* y dentro de él crear nodos de equivalencia, o ámbitos parciales de homogeneidad. La articulación de un movimiento no depende solamente de los objetivos alcanzados, sino de la forma como se alcanzan dichos objetivos. En términos generales, la identificación común se logra más rápidamente gracias al conjunto de experiencias compartidas en las cuales se respeta la diversidad y la especificidad de cada uno de los actores que conforman un movimiento, que a la identificación abstracta y meramente retórica con causas en común, grandes metas compartidas en momentos de euforia o plataformas ideológicas elaboradas en la soledad de los escritorios o las oficinas, cuando las hay, de las organizaciones estudiantiles. Son las prácticas de articulación las que van marcando el ritmo y el derrotero de las ideas para la articulación y no al contrario. Desde

luego no hay práctica sin ideas que la animen, pero las articulaciones sólidas de un movimiento se logran en el plano de una práctica articularia que produce confianza, porque en ella no se niega la diversidad, y no de retóricas democráticas desgastadas en las que ya nadie cree. En esas prácticas y debido a su dinámica surgen nuevas ideas que van a animar prácticas renovadas, pues están inspiradas en la *lógica de la diversidad*, es decir en un campo mucho más amplio de posibilidades para la acción. Las organizaciones estudiantiles tienden a privilegiar la articulación abstracta y retórica y a despreciar lo práctico y procedimental y, por eso, en forma recurrente terminan controlando un movimiento que hace rato se ha disuelto en las prácticas y procedimientos de su propia articulación. Pero además, terminan creando el espacio propicio para la aparición de oportunistas o infiltrados que totalmente despreocupados por la suerte del movimiento aprovechan la feria de la retórica para jugar con una aparente polarización radical que no sólo parte del desprecio por la diferencia, sino que hace malabarismos con un *principio perverso de homogeneización*, inspirado en el sabotaje de todo proceso que permita crear las identidades prácticas indispensables para construir un movimiento.

**3. De lo esotérico a lo exotérico.** Las organizaciones estudiantiles desarrollan un lenguaje y unos marcos de sentido que sólo son accesibles para los iniciados; por tal razón requieren de talleres y cursos de formación ideológica, procesos de cualificación teórica y práctica o ritos de iniciación y pertenencia. En otras palabras, su matriz organizativa es fundamentalmente *esotérica* y es ella la que permite la afirmación de la diferencia dentro de la *lógica de la diversidad*. El carácter *esotérico* de las organizaciones es indispensable para poder construir las identidades, diferenciarse de otras organizaciones, tener proyectos políticos e ideológicos propios y realizar en forma estable acciones colectivas grupales. Si las organizaciones no fueran *esotéricas* perderían su especificidad y sus características particulares. Pero esta naturaleza *esotérica* genera problemas para la construcción de los movimientos sociales, en la medida en que éstos rebasan los límites de las organizaciones y las obligan a entrar en contacto con el exterior, a abrirse hacia una articulación de la cual van a ser sólo una parte.

Los movimientos, por el contrario, necesitan ser *exotéricos*, estar abiertos hacia el mayor número de actores posibles dentro de sus límites flexibles. Así, por ejemplo, si un movimiento queda reservado a los estudiantes que se consideran “conscientes” está destinado a fracasar debido a su encerramiento *esotérico*, a no ser más que una red frágil de organizaciones de iniciados. Este carácter *exotérico* le exige a las organizaciones cambios sustanciales en los tipos de comunicación, en el lenguaje, en los símbolos, en los marcos de sentido y en las mismas formas organizativas, no para que se desnaturalicen, sino para

poder entrar en contacto con el grupo de los “no iniciados”. Por eso, con frecuencia, “la consciencia” o la auto-reflexión sobre la situación de los estudiantes, de las universidades y del país se adquiere en el movimiento mismo, en los espacios informales donde se pueden exponer libremente diferentes posiciones y donde se comparten las mismas vivencias.

El carácter *exotérico* de los movimientos los coloca sobre el terreno de la construcción de una dominación hegemónica y más precisamente, de la parte consensual y deliberativa de la misma. Las vías directas, o vías de fuerza, pueden crear espacios temporales para la reflexión en comunidades académicas indolentes, pero se agotan rápidamente en la inacción que terminan reproduciendo y alimentan las reacciones violentas, dando lugar a un juego de fuerzas frente al cual la mayoría se siente excluida y en el que sólo terminan participando los iniciados de uno u otro bando, o las iniciativas inorgánicas creadas para la ocasión. La parte consensual de la hegemonía requiere el esfuerzo de las organizaciones para lograr representar desde su causa particular y *esotérica* el mayor número de intereses y de sentidos de los miembros potenciales o reales del movimiento. Es decir, las obliga a hacer, voluntaria o involuntariamente, un ejercicio complejo de combinación de sus elementos *esotéricos* con los elementos *exotéricos* del movimiento. A mantener un equilibrio entre lo que se quiere lograr en función de la organización y lo que se puede lograr en función del movimiento. Los objetivos que desde la perspectiva de una organización pueden ser los más banales, pueden resultar ser los más importantes desde la perspectiva de un movimiento, pues pueden ayudar a construir puentes entre las organizaciones y los otros miembros. La lucha por una cafetería o por una fotocopiadora localizada en una facultad o en un departamento, puede constituir el espacio para que se haga una deliberación mucho más amplia sobre el bienestar estudiantil, o la reivindicación de un grupo de estudiantes que pierden su cupo, puede facilitar el ambiente propicio para reflexionar sobre la reforma académica. En ambos casos, la conquista de la cafetería o del espacio para una fotocopiadora, o la reivindicación particular por la pérdida de la calidad de estudiante, no puede ser considerada como una causa trivial, pues ella es la que permite pasar de lo particular a lo general.

En la misma dirección, los marcos de sentido tienen que ser flexibilizados si se quiere construir un movimiento. En términos de la teoría de la acción colectiva esta flexibilización se denomina *alinderamiento de los marcos* y ofrece varias alternativas complementarias: conexión (enlace entre marcos congruentes, pero desconectados), por ejemplo cuando existen evidentes similitudes entre los marcos de sentido de diferentes organizaciones, pero por motivos prácticos se crean abismos ideológicos, donde hay cercanías prácticas y de sentido; amplificación (clarificación y fortalecimiento de un marco), por ejemplo cuando

los marcos resultan demasiado generales y abstractos y tienen poca relación o una relación muy lejana con el campo social cuyo control disputa el movimiento; extensión (construcción de hegemonías concretas), por ejemplo cuando un marco de sentido logra ajustarse a coyunturas concretas; o la transformación (creación o reformulación de los marcos), cuando ante la realidad del movimiento las organizaciones deben crear nuevas formas de interpretación de la realidad social o transformar y dinamizar las existentes.

El objetivo central de los *alinderamientos* es lograr que los marcos de sentido de las organizaciones y del movimiento interpreten parcialmente, o se sintonicen parcialmente, con los marcos de sentido de los individuos y de los otros actores. Es decir, lograr identidades de sentido entre el movimiento y sus miembros. Sin embargo, este *alineamiento* es siempre conflictivo. Con frecuencia la mayoría de los actores inorgánicos de un movimiento se vinculan al mismo por motivos ligados a su racionalidad instrumental, porque pueden sacar un provecho personal del mismo, o a elementos simbólico-afectivos, verbigracia, la ofensa que puede causar una afirmación gubernamental. Estos vínculos tienden a ser frágiles y pasajeros. En consecuencia, el *alinderamiento* está orientado a recontextualizar los motivos individuales a partir de los marcos de sentido de las organizaciones, pero con un lenguaje y un sentido que permita crear una interlocución con dichos individuos. Por tal razón, el arte en sus diversas manifestaciones, a modo de ilustración, desempeña un papel tan importante, al lograr expresar en un lenguaje cotidiano y con representaciones estéticas, orientaciones de sentido que pueden estar refundidas en el mundo abstracto de las ideas. De igual manera, experiencias como la del movimiento estudiantil argentino, demuestran que lazos cotidianos con los estudiantes, como los derivados del control de las fotocopadoras por parte de las organizaciones estudiantiles o, en algunos casos, el acompañamiento y liderazgo académico a partir de sus líderes, permiten hacer más fácilmente los *alinderamientos de sentido*.

Finalmente, las características *exotéricas* de los movimientos obligan a pensar en lo que se llama la *resonancia de los marcos*, en otras palabras la relación y los efectos que tiene el discurso de los actores sobre la cultura política amplia y la forma como la empatía entre las dos puede llevar a la amplificación de los marcos. Es necesario preguntarse sobre los efectos que tiene la lucha estudiantil sobre la cultura política colombiana y sobre la trascendencia o intrascendencia de tal lucha en el contexto más amplio de la política nacional. Un movimiento aislado en sí mismo y encerrado en el lenguaje *esotérico* de las organizaciones puede no estar diciéndole nada al resto de la sociedad colombiana, especialmente si tenemos en cuenta el carácter elitista de la universidad pública en nuestro país y la tendencia en los últimos años a la implantación de diversos procesos de

privatización. Por consiguiente, el movimiento estudiantil debería tener como interlocutor privilegiado a los jóvenes que pretenden ingresar a la educación superior, no simplemente a los que ya están en ella, y a los padres de familia de estos jóvenes, para empezar a pensar que sus reivindicaciones tengan alguna resonancia nacional.

**Coletilla.** El presente documento fue redactado alrededor de los puntos que se consideran más problemáticos en la reflexión de las organizaciones sobre las acciones colectivas del movimiento estudiantil. Sólo constituye un primer punto de referencia para el taller, de ninguna manera es un documento conclusivo, sino abierto o destinado a abrir un debate sobre la forma como las organizaciones enfrentan su quehacer cotidiano. Otros elementos pueden ser sistematizados en el desarrollo de la sesión que vamos a tener el sábado 10 de abril.

**Leopoldo Múnera Ruiz**

Punta Seca (Sucre), 31 de marzo de 2010